

## RED POWER: THE INDIANS' LAST STAND

Miguel Angel Crespo  
 Universidad de Salamanca

Mucho es lo que se podría decir sobre la lucha que libra el indio norteamericano en la actualidad y mucho más lo que se debería decir. Pero la brevedad exigida limita el tema a la mera presentación de unos datos y de unos hechos cuya relevancia, no obstante, sería merecedora de un análisis profundo de causas y consecuencias. Mi propósito aquí, pues, no es otro que el de dar a conocer una realidad de un grupo étnico minoritario de los Estados Unidos de América: el impropriadamente denominado indio (1). Pretende ser ésta, por consiguiente, una exposición a grandes rasgos del nacimiento y del desarrollo del movimiento denunciatorio y beligerante conocido como Red Power o Indian Power.

Si muy rápidamente repasamos la historia de los Estados Unidos con referencia al indio, observaremos que éste ha sido siempre y de forma continuada y sistemática expoliado y diezmado.

La llegada del blanco al nuevo continente y su encuentro con el indio están, por lo general, escritos en la historia con letras de sangre y de vergüenza. Los Estados Unidos no son excepción. Desde los primeros momentos se empieza a obligar al autóctono norteamericano a un continuo corrimiento de sus territorios a otros aún no codiciados por el invasor. Este hecho se ve legalmente cristalizado en la Removal Act de 1830, por la que se pretende trasvasar a todos los indios al este del río Mississippi al Indian Territory, ubicado en lo que es hoy el estado de Oklahoma.

La rapiña de las tierras indias por el blanco es un proceso que llega hasta nuestros días, aunque, considerando finalizado el sometimiento del indio «manu militari» a fines del XIX con el emplazamiento de la mayoría de las tribus en reservas, tal expoliación decrece en su ritmo y gana en sofisticación y astucia; es decir, ahora ya tendrá que contar con un respaldo legal. Y tales leyes, en apariencia destinadas al bien y a la protección del indio y, en muchísimas ocasiones confeccionadas con la mejor buena disposición, empiezan a hacer su aparición en la escena histórica con los tratados.

El primer tratado que el Gobierno de los Estados Unidos firma es el de Fort Pitt (1778) con los indios delamares y que, por cierto, rompió a los pocos meses. Desde entonces, y «Over the United States Senate ratified 370 treaties with various Indian nations and Father Washington's army turned right around and broke virtually every one of them-usually to protect poor defense less settlers, who'd just happened to take up residence on Indian lands, from 'savage redskins» (2).

Ya con los indios encerrados en lo que Eagle Voice, protagonista y narrador de la novela *When the Tree Flowered: An Authentic Tale of the Old Sioux World*, llama «these barren little islands where we wait and wait for yesterday» (3), se aprueba en 1887 The General Allotment Act, que es conocida asimismo como la Dawes Act. Esta ley fracasó en su supuesto propósito de convertir al indio en agricultor y contó enseguida con encendidos detractores que veían en ella un nuevo método de expoliación de las tierras indias más sofisticado y artero.

En 1893, esta política de rapiña cuenta con un espaldarazo del mundo científico. Frederick Jackson Turner presenta en la reunión de Chicago de la American Historical Association un trabajo que lleva por título «The Significance of the Frontier in American History». En su estudio, Turner, basándose en la gratuita idea de la existencia de un área de tierra libre de la que

la frontera se ha de ir adueñando con el avance del progreso y de la civilización, llega a no reconocer ningún derecho territorial al indio y a definirle como «a common danger, demanding united action» (4). Y Turner, como es sabido, formó escuela...

Aunque se llevaron a cabo serios intentos para cambiar la nefasta —para los indios, claro— Dawes Act de 1887 (así, por ejemplo, la Wheeler-Howard Act de 1934, conocida igualmente como The Indian Reorganization Act), no se pudo impedir que desde el año de The General Allotment Act, 1887, hasta el de la ley correctora de la misma, 1934, no se pudo evitar, repito, que en ese período de menos de cincuenta años «the Indians were separated from an estimated 86.000.000 of a total of 138.000.000 acres» (5), pasando, pues, de los 138 a los 52 millones de acres. Y, por supuesto, para 1887 los indios ya habían cedido casi todo su territorio al este del Mississippi y grandes áreas en el Oeste y años antes, ya para 1858, «the United States had already acquired Indian land estimated at more than 581.000.000 acres» (6). Y, por supuesto también, estas tierras sobre las que habrían de vivir los indios eran marginales:

«Most of that remaining was desert or semidesert: worthless to the white people» (7).

Ante este robo sistemático y sistematizado de sus tierras, el indio reacciona, en los primeros tiempos, con el único medio que le queda: la lucha abierta contra el blanco. Es aquí en donde el indio escribe los capítulos más gloriosos y tristes a la vez de su historia. El indio muere en la defensa de sus territorios y de la tierra de sus antepasados; este hecho, incluso al general Philip H. Sheridan, famoso entre otras cosas por su frase «The only good Indians I ever saw were dead» (8), le lleva a afirmar:

«We took away their country... and it was for this... that they made war. Could anyone expect less?» (9).

La mera relación de esta parte de la historia india, por otro lado de sobra conocida, alargaría en demasía esta exposición, por lo que he de prescindir aquí de ella (10).

Por si lo dicho en las páginas anteriores no clarificara suficientemente la situación voy a aportar algunos datos de plena vigencia, y que, en su mayor parte, no son más que consecuencias de tal devastador pasado. Afirma Alvin M. Josephy, Jr. en *Red Power: The American Indians' Fight for Freedom* que «For almost five hundred years Indians have been fighting defensively for their right to exist—for their freedom, their lands, their means of livelihood, their organizations and societies, their beliefs, their ways of life, their personal security, their very lives. Those who still remain after so many generations of physical and cultural genocide continue to be oppressed by shattering problems, most of them created by the intruder, conqueror, and dispossessor—the white man» (11).

Y dichos problemas son ciertamente sobrecogedores:

«In the United States of the 1970's, Indian Americans are the poorest of the poor:  
Their average life expectancy is 63,9 years; for all other Americans, it is 70.  
Their average annual income, \$1,500, is 75 per cent less than the national average, and \$1,000 below that of the average black family;  
Their unemployment rate is nearly 40 per cent, about ten times the national average;  
Fifty thousand Indian families live in grossly substandard houses, many without running water, electricity, or adequate sanitary facilities;  
Their infant mortality after the first month of life is three times the national average;

Fifty per cent of Indian schoolchildren-double the national average-drop out, or more properly stated, are pushed out by inadequate educational systems before they complete high school;

The suicide rate of Indian teen-agers is one hundred times that of whites (how telling is this statement, reduced to a cold, impersonal statistic that conveys nothing of the human pressures and sufferings!).

However, for the approximately 800.000 Indian Americans-more than 460.000 of them dwelling on or near reservations-these data are only a part of the travail, the portion that protrudes above the water like the tip of an iceberg» (12).

Pero, si como he dicho, el indio reacciona con la guerra abierta contra el blanco en los primeros tiempos, en la actualidad sus armas tienen que ser otras necesariamente. En nuestros días el indio se tiene que seguir defendiendo del blanco y de su sociedad que continúan aconsejándole desde distintos frentes y tiene que volver a encontrar su propia identidad y su derecho a ser indio.

Ante tal cúmulo de presiones constantes en medio de la vorágine interna provocada por la inadaptación al mundo del blanco y por no poder ser indio, éste tiene forzosamente que o bien hundirse convirtiéndose en piltrafa social o bien resurgir de sus cenizas con el orgullo de sus antepasados recuperado. Es esta nueva creencia en sí mismos, esta búsqueda de la identidad, potenciadas y empujadas por las circunstancias externas ya brevemente mentadas, las que provocan el nacimiento del Red Power.

No se puede interpretar el Red Power como un mero mimetismo del Black Power, pues, previamente a la irrupción de éste en la sociedad americana, otras minorías étnicas ya estaban agrupadas en torno a filosofías propias, como los mejicanos y chicanos alrededor de La Raza o los propios indios en el ámbito de The Tribe. El Red Power o el Chicano Power no son, pues, más que los herederos de The Tribe o La Raza, respectivamente.

En 1964 se celebró una conferencia de prensa en Nueva York, convocada por un grupo de indios pertenecientes al National Indian Youth Council. En ella atacaron todo aquello que no les gustaba. Formaban este grupo, entre otros, Clyde Warrior (ponca), Melvin Thom (paiute de Nevada), Herbert Blatchford (navajo) y Bruce Wilkie (makah del estado de Washington). Nació allí, así y entonces lo que recibiría el nombre de Red Power.

Pero este movimiento denunciatorio no quedó circunscrito a una mera exposición oral, sino que en su expansión proselitista invadió también otros campos, como el de la literatura, por ejemplo. Como dice Natachee Scott Momaday en la introducción de su obra *American Indian Authors*:

«Perhaps the greatest innovation in American Indian thought has occurred within the past few years, with the advent of Red Power-a political and social movement indicative of a rebirth of pride in Indians themselves as well as greater respect accorded to them by other members of society. This movement has inevitably affected American Indian literature» (13).

Al comienzo de este comentario indicaba que el Red Power era un movimiento denunciatorio y beligerante. La denuncia se encuentra en las canciones indias de protesta de Jhny Cash, de ascendencia cherokee, de Floyd Westerman, sioux, y de Buffy Sainte-Marie, cree; también, y principalmente en los escritos de Vine Deloria, Jr., sioux de la reserva de Pine Ridge (Dakota del Sur), algunas de cuyas obras ya han quedado indicadas en la sección de notas; de igual forma, esta denuncia se halla también en los discursos de indios nacionalistas como Clyde Warrior, Wallace «Mad Bear» Anderson, Hank Adams, Lehman Brightman y Tillis Walker, entre otros. Todas estas son las principales fuentes en que debe su filosofía el Red Power.

La beligerancia resultante de este pensamiento de denuncia encuentra su aglutinante en 1968 con la creación en Minneapolis (Minnesota) del American Indian Movement (AIM), dirigido por Clyde Bellecourt y Dennis Banks. Sus postulados son, en principio, la autodeterminación y la extinción del Bureau of Indian Affairs (BIA)—al que no consideran como servidor de la causa e intereses indios—, así como la lucha contra todos los demás opresores blancos y contra las injusticias de las que han sido y son objeto.

Quizá el primer suceso de importancia dentro del activismo indio fuera la ocupación de la isla de Alcatraz en 1964, pues habría de convertirse en la semilla que daría fruto en 1969. En 1964 la invasión de la isla no obtuvo ningún éxito porque en aquellos años aún había pocos indios que se arriesgaran a sufrir cárcel por demostrar una cuestión legal.

En 1969 un incendio destruye el Indian Center de San Francisco y los activistas indios vuelven a poner sus ojos en la isla de Alcatraz, ocupándola el 20 de noviembre. La justificación de la invasión estribaba en que la isla, antes de ocuparla el Gobierno para el establecimiento de la famosa prisión, era posición india y, al cerrarse la cárcel, las autoridades no dispusieron del islote; con base en una antigua ley que permite a ciertas tribus reclamar al Gobierno territorios que les habían pertenecido si éste no los utiliza, se toma Alcatraz. Su ocupación duró dieciocho meses, gracias al «laissez faire» del Gobierno y a la ayuda recibida por los indios de la población americana.

Si se pasa la página de los años, 1970 nos ofrece también casos dignos de mención, como el de los indios de Pit River (California) en sus reivindicaciones territoriales; o como el de los tucscaroras, miembros occidentales de la Liga de los Iroqueses, que expulsaron a un grupo de blancos de su reserva; o la toma del monte Rushmore (Dakota del Sur)—conocido como el Santuario de la Democracia, por encontrarse allí esculpidas las efigies de Washington, Lincoln, Jefferson y Roosevelt—, que llevaron a cabo sioux oglalas que exigían la devolución de tierras que habían servido para prácticas de tiro durante la Segunda Guerra Mundial y que aún no les habían sido devueltas; o las luchas de los indios del estado de Washington por la defensa de sus derechos de pesca son importantes igualmente. Y así un interminable rosario de sucesos de mayor o menor trascendencia, pero todos ellos indicadores de un sentir y de un hacer con ideología de Red Power.

En 1971 estalló en la sociedad científica blanca una gran ansia de excavar todo lo indio excavable y de llenar los museos con huesos del indígena norteamericano. El AIM tiene que intervenir para que el descanso de los muertos indios sea respetado. No obstante, se dan casos de cráneos indígenas vendidos como ceniceros y los museos siguen haciendo acopio de osamentas.

Desgraciadamente, en 1972 no habrían de mejorar las cosas. En Gordon (Nebraska), cinco blancos capturaron a Raymond Yellow Thunder. Le golpearon brutalmente y, después de desnudarle de la cintura hacia abajo, le arrojaron en la sala en la que los blancos veteranos de la Segunda Guerra Mundial y de la de Corea estaban disfrutando de un baile. Aumentaban así, con este «payaso» medio desnudo y macerado por los golpes, la diversión de quienes habían luchado para proteger la dignidad humana... Yellow Thunder murió más tarde a consecuencia de la paliza recibida. El AIM se puso inmediatamente en acción, pero el silencio fue toda la respuesta que los indios recibieron de la justicia.

En los estados de California y de Arizona se produjeron muertes de indios en muy extrañas circunstancias. No sólo se taparon los hechos cuanto antes, sino que las autoridades se pronunciaron incluso en el sentido de que no veían el asesinato de un indio como un crimen serio. La mentalidad de la frontera volvía a aparecer.

A causa de las frustraciones ante la ley se empezó a hablar entre los indios de dirigirse a la capital del país, para conseguir una ley federal que estipulara como crimen el matar a un indio. Russell Means, enérgico activista del AIM, propuso que se designara a los indios como «especie en peligro». Cualquier hecho hubiera bastado para provocar una fuerte reacción por parte india. Y este cualquier hecho llegó nada menos que con un asesinato más, y, por si fuera poco, el de

Richard Oakes, uno de los activistas que habían dirigido la invasión de Alcatraz. Su asesino legó que había sido en defensa propia, pero a Oakes no se le encontró arma alguna en el momento de su muerte. La acusación de «homicidio involuntario» y la puesta en libertad bajo fianza del asesino dejan al pueblo indio anonadado.

Ante esta serie de hechos se forma en octubre de 1972 una caravana que, partiendo de Seattle (Washington) y de Los Angeles (California), se dirige hacia la capital federal con el propósito de expresar pacíficamente su protesta por la situación del indio. Esta acción pasa a la historia del activismo indio como *The Trail of the Broken Treaties*. La desgraciada intervención de la policía obliga a los manifestantes a refugiarse en la oficina central de la BIA en Washington, D. C., ocupando este edificio durante casi una semana.

La ocupación de Wounded Knee (Dakota del Sur) en 1973 no surgió inesperadamente, sino que fue la consecuencia última de un proceso que ya llevaba años en estado de incubación y con periódicos brotes externos de activismo indio, como muy sucintamente ha quedado aquí expuesto. Activismo que refleja un malestar y un gran deseo de cambio. Cada una de estas exteriorizaciones activistas representa una nueva denuncia de la política india seguida por el Gobierno de los Estados Unidos.

Más muertes de indios por violencia y numerosas revueltas callejeras, sumadas al descontento de los indios de la reserva de Pine Ridge (Dakota del Sur) por la tiranía y el régimen policiaco establecido en la misma por el presidente del Tribal Council, Richard Wilson, abocan al hecho que representa el punto álgido del activismo del AIM: la toma de Wounded Knee.

El día 27 de febrero de 1973 se ocupa Wounded Knee y el 8 de mayo del mismo año América vuelve a Wounded Knee.

Dos muertes más de indios y un sinnúmero de incidentes de distinto cariz jalonan esta ocupación de setenta días. Por haber tenido este suceso resonancia mundial a través de la información parcialista facilitada por el Gobierno de los Estados Unidos y por la constricción a la que esta exposición se ve forzada, me veo obligado a su mera mención.

Desearía, no obstante, antes de acabar exponer aquí la opinión del quizá próximo presidente de los Estados Unidos de América, Edward Kennedy, al respecto:

«Wounded Knee is the bubbling to the surface of a hundred years of submerged oppression, dissatisfaction, and resistance to assimilation.»

O, desde una perspectiva más próxima y directa, la que expresó el senador Abourezk:

«Wounded Knee is not the result of militant Indians going in and stirring up somebody. It is the result of a government not being responsive to the needs of Indians. Tribal government is a farce» (14).

Si meditada y objetivamente se considera todo lo expuesto en este comentario acerca del Red Power y de su activismo, las conclusiones, por obvias, aflorarán por sí solas.

## NOTAS

(1) Ralph E. Friar & Natasha A. Friar: *The Only Good Indian... The Hollywood Gospel*. Drama Book Specialists/Publishers, New York, 1972, pág. 1.

En la introducción a la obra citan los autores la de Jack D. Forbes: *The Indian in America's Past* (1964), en la que se lee:

«In answer to the question, "What is an Indian?" I would state that an Indian is a person whose ancestors lived in India. In my vocabulary, persons whose ancestors were indigenous to America are simply Native Americans...»

(2) *The Mankind Series of Great Adventures of History (The American Indian)*. Compiled, edited and with an Introduction by Raymond Friday Locke). A Mankind Book, Mankind Publishing Company, Los Angeles, 1970, pág. 9.

(3) John G. Neihardt: *When the Tree Flowered: An Authentic Tale of the Old Sioux World*. Pocket Books, New York, 1973, pág. 2.

(4) *Indian Voices: The First Convocation of American Indian Scholars* (Jeannette Henry, «The American Indian in American History»). The Indian Historian Press, San Francisco, 1970, pág. 109.

(5) William T. Hagan: *American Indians*. The University of Chicago Press, Chicago and London, 1970, pág. 147.

(6) *The Indian: America's Unfinished Business*. Report of the Commission on the Rights, Liberties, and Responsibilities of the American Indian, compiled by William A. Brophy and Sophie D. Aberle et alii. University of Oklahoma Press, Norman, Oklahoma, 1972, pág. 68.

(7) Hagan, op. cit., pág. 147.

(8) Friar, op. cit., pág. IX.

(9) Stephen Longstreet: *War Cries on Horseback: The Story of the Indian Wars of the Great Plains*. Modern Literary Editions Publishing Company, New York, 1970, pág. 367.

(10) No obstante, para ampliar y perfilar ideas, me permito recomendar aquí algunas obras que, aunque no todas sean capitales en sus distintos enfoques, sí son lo suficientemente esclarecedoras acerca de las relaciones blanco-indias:

a) Edward H. Spicer: *A Short History of the Indians of the United States*. D. Van Nostrand Company, New York, 1969.

b) Helen Hunt Jackson: *A Century of Dishonor: The Early Crusade for Indian Reform*. Harper Torchbooks, The University Library, Harper & Row, Publishers, New York, 1965.

c) Dee Brown: *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West*. Bantam Books, New York, 1972.

d) Vine Deloria, Jr.: *Custer Died for Your Sins: An Indian Manifesto*. Avon Books, New York, 1972.

e) Vine Deloria, Jr.: *We Talk, You Listen: New Tribes, New Turf*. A Delta Book, New York, 1972.

f) Vine Deloria, Jr.: *Of Utmost Good Faith*. Bantam Books, New York, 1972.

g) Etc., etc.

(11) Alvin M. Josephy, Jr.: *Red Power: The American Indians' Fight for Freedom*. McGraw-Hill Book Company, New York, 1972, pág. 2-3.

(12) *Ibid.*, pág. 3.

(13) Natachee Scott Momaday: *American Indian Authors*. Houghton Mifflin Co., Boston, Mass., 1972, pág. 3.

(14) Para la confección de la parte dedicada al activismo del AIM, nacido de la filosofía del Red Power, he utilizado principalmente las siguientes fuentes:

a) *Akwasne Notes: Where the Partridge Drums*. Mohawk Nation, vol. 5, n.º 2, New York, 1973.

b) *Akwasne Notes: Where the Partridge Drums*. Mohawk Nation, vol. 5, n.º 3, New York, 1973.

